

¡No se puede vivir en este mundo!  
¿Mi marido anda en eso? ¡Por el siglo  
de aquella que me hizo y de mi padre,  
que he de tomar venganza temeraria!  
Si yo entendiera que con tanta pena  
tomárades las nuevas que os he dado,  
cosiérame la boca treinta veces.  
¿Un viejo ya caduco se enamora?  
¿Un hombre (que es vergüenza que lo diga)  
con mil enfermedades esquisitas?  
¡Y dice dos requiebros, y os ofrece  
mis joyas, mis cadenas y vestidos!  
Justina, no os den pena esas locuras.  
Sabed que es frenesí de algunos viejos  
que son como las hierbas del otoño,  
que yéndose a secar, pimpollos brotan.  
Mucho tienen de puerro tales hombres:  
la cola verde y la cabeza blanca.  
Él me ha mirado tierno quince días,  
y al cabo dellos me escribió una carta;  
tras ella vino a hablarme muy ufano  
con pluma, con broquel y con espada;  
también trujo dos músicos del Conde,  
y aun dijo que la letra que cantaban  
era suya también.  
¿Hay tal bellaquería?  
pero porque entendáis que no soy sola  
la que en su casa tiene estas fantasmas,  
aunque al principio no pensé decirlo,  
sabed que vos tenéis vuestros achaques  
y que vuestro marido habrá seis días  
que envió a decir que le tuviese  
en posesión de esclavo: porque había  
más de un año que andaba por los aires  
por no sé qué desprecios y donaires.  
¿Mi marido, Justina?  
Lo que os cuento.  
¿Aquel rancioso?  
Aquel rancioso, el mismo.  
¿Aquella estatua ahora ha dado en eso?  
¿No ha hecho guarnecer las martingalas  
y puesto en la ropilla faldriqueras,  
como usan ahora los galanes?  
¿De adónde saca el viejo los antojos?  
¿Hay insolencia igual? ¿Hay desatino  
que se pueda igualar al destos viejos?  
Pues plega a dios...  
No jures, Clara, tente,  
que son retoños destos secos árboles.  
¿De qué te afliges? pues los asnos viejos  
rebuznan viendo el prado desde lejos.  
No me quiero matar; vengarme quiero.  
Tratemos cómo sea, mi Justina:  
igual es el agravio y justa causa

también será lo sea la venganza.  
Tú tienes un hermano muy honrado,  
yo tengo el que tú sabes: ellos sepan;  
y hagamos de manera que les quiten  
el amor a estos viejos de Susana,  
que, haciendo dos mil faltas cada día,  
presumen de suplir ajenas faltas.  
Parécenme que son nuestros maridos  
enfermos con hastío, que les gñele  
mejor lo que se guisa en otras casas.  
¡Ay dios!, ¡y qué ocasiones eran éstas  
para que no mirara obligaciones!...  
¿Mas cómo te parece que vengamos  
en aquestas fantasmas los agravios?  
Haciéndolos venir a que nos vean  
disfrazados los dos, de tal manera  
que el uno con el otro se requiebren.  
Paréceme muy bien: tu viejo es éste.  
Escóndete, y verás lo que te digo.  
Y lo mismo harás tú con el mío.  
Hoy nos han de pagar su desvarío.  
(Escóndese CLARA y sale CALAHORRA, de vejete, graciosamente  
vestido.)

No estuvo Tito Livio tan perdido  
por Mariana, de Salvén esposa,  
ni Cicerón por su Medusa hermosa,  
ni Peranzules por la bella Dido;  
ni Muza por Elena más perdido,  
ni Paris por doña Ana de Hinojosa;  
ni Durandarte por la bella diosa  
que para nuestro mal parió a Cupido,  
como me siento yo por mi Justina,  
hermosa más que Orlando y Oliveros,  
más discreta que nabos y cocina.  
Convierte amor urracos en silgueros;  
que si a mis ruegos su nobleza inclina,  
colgaré de tu templo dos bragueros.

¡Oh, mi señor Calahorra!  
Oh, más bella para mí  
que para veinte y seis años  
las mañanitas de abril.

Si vuesa merced tuviera  
los que dice, desde aquí  
yo me entregara por suya.  
¿Pues tengo más?

Tiene mil.  
Por vida de Calahorra,  
que el día de san Crispín  
hice veinte y seis  
Doblados.

¡Jesús! ¿Tal pensáis de mí?  
¿No ve que está blanco todo?  
Pues, ¿qué importa? Así nació.  
¿No has visto rocines blancos?

Pues yo soy blanco rocín.  
Sepa que le quiero bien,  
que a muchos oigo decir  
que parece bien un viejo  
que regala y honra al fin,  
que un mozo siempre es ingrato.  
¿piensa que le han de servir  
por sus ojos y sus galas  
y aquello de espadachín?  
Más me agrada a mí esa cara  
que del mozo más gentil.  
Cuánto es mejor un Catón  
que un pisaverde Amadís.  
Hoy venga vuesa merced  
(pues hoy me quiero rendir  
a servirle) con un manto,  
que a mi honor conviene así:  
pues, pensando que es mujer,  
juntos nos podemos ir  
adonde le diere gusto.  
¿Cuál Orlando, cuál París,  
cuál Fierabrás, cuál Gaiferos,  
cuál encantador Merlín,  
cuál Virgilio ni Plutarco  
dieron tan alto matiz  
a mis dulces pensamientos?  
Yo me parto, serafín,  
y volveré, con un manto  
disfrazado, a recibir  
las mercedes de esa boca,  
más dulce que un albanil.  
Adiós, mi Matusalén.  
¿No hay guante ni senojil  
que pueda llevar por prenda?  
Este listón, mi Arlequín,  
que soy suya.  
¡Mi regalo...  
¿Pero yo...  
¡Mi regaliz!  
(Vase Calahorra y sale Clara)  
Ya tenía perdida la paciencia.  
¿Qué te parece desto?  
Ya lo entiendo:  
tú quieres que en viniendo con el manto  
se descubra la burla, y que le sirva  
de castigo y vergüenza.  
Por tu vida,  
que lo mismo que piensas he pensado.  
¿Hay tal ventura?  
El tuyo viene aquí.  
Pues yo me escondo.  
Haz lo mismo con él.  
Eso quería,  
y de tu burla retratar la mía.

(Vase JUSTINA y sale MATANGA)

Clara, más clara que del claro oriente  
el alba, cuando sale enjalbegada  
de color de papeles de Granada,  
y llena del Gran Turco barba y frente.  
Ojos, como los ojos de una puente;  
niñas, donde el amor tiene posada,  
con más mezcla de verde que ensalada,  
y recato en mirar que un delincuente.

A ser pavo, te diera mi pechuga;  
si fuera sacristán, el campanario,  
y si fuera cantor, alguna fuga.  
A ser cura, te diera el calendario;  
y si fuera pollino, la jamuga;  
el almirez, si fuera boticario:  
si fuera comisario, también diera,  
señora, hasta mi misma comisura:  
almirez, sacristán, cantor y cura,  
calendario, pollino y campanario,  
pavo, pechuga, fuga y boticario.

Al dulce son de versos tan perversos,  
¿qué duro entendimiento no se para?  
¡Clarísima Clara, perfetísima;  
superlativa Clara, hermosa y bella!  
si tuviera yo aquí la vena esdrújula  
del poeta más alto y más tipógrafo,  
invocara a las musas y aun los musos,  
aunque me dicen que se van a Italia;  
hiciera en tu alabanza dos mil décimas,  
con envidia de tantos alguaciles.  
Hable quedito; mire que le quiero  
hablar aquesta noche disfrazado.  
¡Disfrazado! por vida de Matanga,  
que ha de haber caballito y cascabeles.  
Oiga, que no ha de ser de esa manera.  
¿Pues cómo?

Con un manto de medio ojo.

¡Guarte!, ¿hay negro?

¿Deso toma enojo?

¿Tan pequeño el peligro le parece  
si llega algún bellaco desbocado,  
y viendo la figura por la pinta,  
al primer mojicón me pone en cinta?  
¿Él es el valeroso, el que decía  
que haría por mi amor...?

Quedo: no quiero

que me tenga por hombre pusilánime.

Vendré con manto; y si su gusto fuese, vendré con una albarda.

Aquí te aguardo

con otro manto, porque vamos juntos  
donde hablemos un rato.

(Amor, esfuérzame.

Venus, dame tus pistos y almendradas,  
porque pueda cumplir tantas fanfarrias,

a pesar de mis años y extraangurrias).  
(Vase MATANGA y sale JuSTINA)  
Esto queda en buen punto.  
Pues, hermana,  
a nuestros dos hermanos demos cuenta,  
para que en la venganza nos ayuden.  
Vamos, que son amigos y andan juntos,  
y salen pocas veces desta calle,  
porque sirven dos mozas como un oro.  
Vos me la pagaréis, si no me muero.  
No ha de quedar astilla en el braguero.  
(Vanse y sale CALAHORRA con manto, tapado de medio ojo)  
Amor, amor, por ti me hiciera brujo,  
serpiente, alforja, víbora y fantasma;  
a pesar de mi tos, ijada y asma,  
aunque me diesen cámaras y pujo.  
El corazón en tu alquitara estrujo,  
que por Justina el alma se me pasma  
que sólo su servicio y cataplasma  
puede[n] curar mi pujo con pandujo.  
por ella voy en forma femenina,  
y urraca me volví, siendo mochuelo,  
a peligro de ser novia o madrina:  
que sólo el artificio de Juanelo  
puede ser de mi ijada medicina,  
y de mi tos el dulce caramelo.  
(Sale MATANGA, de la misma forma)  
Amor transformativo, amor sutil,  
que harás de un alpargate un albañal,  
¿dónde me llevas en peligro tal,  
que es el mentor topar un alguacil?  
¿por qué me has puesto en ocasión tan vil,  
que viniendo a buscar su delantal,  
me tope algún lacayo criminal,  
creyendo que soy pasto concejil?  
Amor enredador, amor cruel,  
fuego con quien no vale el guardasol,  
más loco y desigual que Zapardiel,  
Jenízaro de turca y de español,  
¿cuánto va que por ti ningún trainel  
me lleva por las ventas de Buñol;  
o como a doña Elvira y doña Sol,  
las dos hijas del Cid,  
los condes de [Carrión y de Gandul] me ponen el rabel,  
cual lino azul?  
Sin duda es ésta Justina.  
Sin duda que es ésta Clara.  
(Hácese señas con la cabeza)  
(Rebozarme quiero el rostro  
y llegar a requebrarla).  
(Quiero cubrirme muy bien.  
Con la cabeza me llama.  
pues, ¿qué dudo? Llegaré).  
¡[Ah], mis ojos!

¡Ah, mi alma!  
¿Tal ventura?  
¿Tanto bien?  
¿Tanto favor, mi Daraja?  
¡Ay, dichoso Calahorra!  
¡Ay, venturoso Matanga!  
(Salen JuSTINA y CLARA, con mantos; y GÓMEZ y SALVATIERRA)  
Sin duda que son aquellos.  
Ellos son.  
Un poco aguarda.  
¿Pues no lo ven, en los bajos?  
Espantosos puntos calzan.  
A requebrar voy el uno.  
Yo al otro.  
Hermosa dama,  
¿quiere en buena cortesía  
escucharme dos palabras?  
¿No ve que somos doncellas?  
¡Jesús!, téngase. ¡A la fraila,  
a la niña, a la menina,  
a la santa, a la beata!  
¿Qué es aquesto? ¡Ay, qué mal hombre!  
Por mi vida, que es honrada...  
Pues mire que la conozco,  
que ha muy pocas mañanas  
que estaba en aquella esquina  
cogiendo puntos a calzas.  
¿A mí?  
A ella.  
Tentación. (Tírale una cox)  
¿Coces tira?  
He sido haca,  
y salgo de verde agora.  
Buen remedio: espuela y vara.  
Vuesa merced, mi señora,  
¿no me habla?  
Estoy muy mala.  
¿Qué tiene?  
Un gran desconcierto.  
No se acerque.  
¡Linda gracia!  
¿Dónde va vuesa merced?  
Tomo acero estas mañanas,  
que estoy muy opiladita.  
Debe de hacerse preñada.  
¿Tiene antojos?  
¡Oste, puto!  
¿Qué dice?  
Guarda la cara.  
Este puto no es de tiple,  
¡juro a Cristo!  
Las dos caras  
nos han de descubrir luego.  
Mire que somos casadas,

y vendrán nuestros maridos.  
Descúbranse las picañas.  
(Descúbrense los viejos y se quedan mirando el uno al otro)  
¡Ésta es gran bellaquería!  
¿pues vos requebráis, Matanga,  
a mi mujer?  
Eso sí:  
para que el refrán os valga.  
"Antes que te digan, digas".  
Si aquí trujera mi espada...  
(Descúbrense las mujeres)  
No ha de ser de esa manera,  
por vida de doña Clara.  
Pues por vida de Justina,  
que a penármelo no vaya  
el villano al otro mundo.  
Armada está la celada:  
nuestras mujeres han hecho  
esta burla en su venganza.  
Digan: ¿no tienen vergüenza?  
Digan, ¿a nuestras hermanas  
tratan ellos desta suerte?  
Que no hay reñir de palabra:  
por el siglo de mi madre  
que han de llevar azotaina.  
¡Mujer, por amor de dios!  
¡Mujer!  
¿Con mantos y sayas  
se ponen los maricones?  
Presto verán lo que pasa.  
Los dos los tomen a cuestras.  
Mujer, el amor fue causa.  
Sepan estimar, bellacos,  
a las mujeres honradas.  
(Toman los viejos a cuestras, y ellas los azotan)  
¿Cuántos, mujer?  
Veinte y cinco  
por docena.  
Doce bastan.  
¡Mujer, piedad!  
¿Qué es piedad?  
¿Haréis más las martingalas?  
No lo haré más en mi vida.  
¡Que me matan, que me matan!  
¡Que me matan, que me matan!  
(Éntranse dándose de azotes.)